

# ALBUM PINTORESCO.



Muerte de Amilcar.

## MUERTE DE AMILCAR.

Tiempo hacia que los cartagineses deseaban emprender la conquista de España, y los consecutivos triunfos de Amilcar prueban hasta la evidencia que nada sería mas probable, que los cartagineses opusieran á Roma una España, en los momentos en que acababan de perder una Sicilia.

Con aquella intrepidez, con aquel arrojo tan característico del general Amilcar, penetró en los dominios españoles seguido de un ejército numeroso, y en el primer año de su funesta invasion tuvo lugar de recorrer la Bética por las partes de Málaga, Córdoba y Sevilla, destruyendo cuanto podia obstaculizar su empresa, é imponiendo tributos á nombre del senado cartaginés.

Seguidamente se dirigió por las

Mayo 22 de 1853.

que hoy se llaman provincias de Almería, Murcia y Valencia, y los saguntinos que se vieron amenazados, celosos de su bienestar y de su independencia, enviaron al gefe cartagines una embajada, en la cual le esponian las razones que abrigaba el pueblo saguntino para no ser molestado. Entre ellas, la mas poderosa de todas era la de ser Sagunto una ciudad aliada de los romanos.

Amilcar sintió con esta embajada dobles deseos de conquistar esta ciudad, por lo mismo que se declaraba amiga y aliada del romano, pero la reciente derrota que habia experimentado por parte de ellos, y temeroso de un segundo descalabro, le retrajo de su intento, y supo hacer que reposara su deseo en brazos de la esperanza. No por esto dejaba Amilcar de contemplar á Sagunto con los ojos de la codicia. En su consecuencia prosiguió su marcha hácia el Ebro, donde le detuvo algunos

dias el fausto acontecimiento de las bodas de su hija Himilce con Asdrubal su deudo.

Pasados algunos dias, tornó á reunir sus tropas en son de guerra, á fin de llevar á cabo la ocupacion del litoral para sostener el comercio marítimo de que era Cartago tan cuidadosa. Por este tiempo observaba Amilcar una conducta pasiva aun con sus mismos contrarios, estableciendo por regla general, no atacar á los que no le hostilizaban, y por esto mas bien se le encontraba predispuesto á admitir condiciones conciliatorias de paz que á aceptar la guerra.

Por esta razon quizás dirigiria su rumbo hácia los Pirineos, y en la region de los caletanos echó los cimientos de Barcelona, á la que el fundador llamó Barcino, que era el nombre patronímico de su linage.

Su principal empeño en esta sazon, era granjearse la amistad y el favor de los galos, á quienes colmó de dádivas

y presentes de todo género, porque como tenía visibles intentos de hacer la guerra á Italia, tan luego como acabara de sujetar á los españoles, conocia perfectamente lo mucho que los galos podian auxiliarse el dia que se decidiera llevar á cabo este bien madurado propósito. No obstante, una incidencia inesperada le distrajo de estos pensamientos. Los tartarios y los célticos del Cúneo se habian levantado con el heroico propósito de defender su amenazada independencia; á la cabeza de este movimiento se encontraba Istolacio, varon principal y de mucho prestigio en aquellos países, y á quien proclamaron en calidad de capitán y defensor de los derechos de un pueblo independiente.

Cuando recibió Amilcar esta fatal nueva, reunió gran parte de los suyos encendido en ira, y marchó sin demora al sitio de la rebelion. Después de haber derrotado á estos temerarios insurrectos, asoló todos los campos de aquellos contornos, impuso graves y severos castigos á los gefes principales del alzamiento, é Istolacio, que habia caido prisionero en la refriega, fué condenado al suplicio de cruz. Receloso de la conducta ambigua observada por los lusitanos, y temiendo que tambien se rebelaran penetró en estas tierras con su ejército, aguerrido aun cuando no disciplinado, y con efecto, en vez de amigos y aliados, se vió con cincuenta mil combatientes que le aguarban en son de hostilidad mandados por Indortes. Pero el buen éxito que habia logrado en la anterior campaña debió quedar justificado con la segunda. Los vetones y los lusitanos fueron bárbaramente destrozados. Sin embargo, la feroz energía que empleaban los españoles en los combates, le ocasionó serios temores, pensando, no sin fundamento, de que tarde ó temprano, comprarían con su sangre la independencia por la cual se batian; cuéntase que estas últimas batallas cogió gran número de prisioneros, de los cuales dió libertad á diez mil, ora queriendo conquistar la cualidad de generoso, ora porque desconfiase mucho de ellos.

Indortes, que habia podido escapar de las garras de Amilcar, cayó por último en manos de los cargineses, y para este valiente caudillo no hubo perdon, porque fué crucificado como su compañero Istolacio. Estas fueron las primeras tentativas que hicieron los españoles en favor de su independencia, y por lo que dejamos apuntado se ve que no fueron las mas afortunadas.

Satisfecho y orgulloso Amilcar con tan repetidas victorias, y casi seguro de que no volveria á alterarse la tranquilidad de aquellos pueblos á quienes su crueldad habia domado, regresó otra vez hácia la costa oriental, donde habia construido una fortaleza, la cual por hallarse situada sobre una roca blanquecina se llamó desde entonces Acra-Leuka, en cuyo parage se encuentra hoy situada Peñíscola. Este punto era, por decirlo así, su cuartel

general; en él habia establecido sus arsenales y almacenes, sus elefantes y municiones. Tambien desde este punto se encontraba con mas libertad para poderse comunicar con Cartago, y podia mas facilmente tener á buen recaudo las colonias marselesas de los griegos, á la sazón aliados y confederados de los romanos.

La fortuna no se encuentra siempre propicia para el vencedor. Los triunfos de Amilcar fueron ya harto repetidos para que la suerte no diera una prueba de su reconocida inconstancia. Pronto, muy pronto debia el valeroso Amilcar encontrar una resistencia mas formidable y vigorosa que la que hasta entonces habia encontrado.

Helice ó Velice, que se cree con fundamento fué lo que hoy conocemos con el nombre de Belchite, habia tambien en varias ocasiones proclamado su independencia, y Amilcar siempre avaro de respeto y vencimiento, la puso cerco muy apretado. Como vieran estos pobladores bloqueados que su número no seria suficiente para el logro de la victoria, formaron causa comun con otros celíberos que acudieron al primer llamamiento á guisa de auxiliares. En este memorable suceso existe un personaje que merece particular recuerdo por su estratagema, aun cuando un tanto pérfida, si hemos de ser imparciales. El personaje en cuestion se llamaba Orisson; habiéndose fingido amigo y auxiliar de Amilcar, pasó á su campo con un cuerpo de tropas, pero con el fatal designio de volverse contra él cuando viese la oportunidad de poderlo verificar.

Los de Amilcar quisieron dar el asalto á la plaza de noche; los sitiados lo habian sabido y se aprestaron á recibirlos. Delante de las filas colocaron gran número de carros tirados por bravos novillos, á cuyas astas ataron haces empreados de paja ó leña, con el intento que despues veremos.

Aceptada por Amilcar la cooperacion de Orisson quiso que este se colocara con su caballeria á retaguardia de todas sus tropas, para que en caso apurado sostuviese con aquella la retirada de los suyos, si desgraciadamente eran rechazados, y montando en seguida en un brioso y arrogante caballo dió la señal de ataque, y los sitiadores volaron con direccion á los parapetos arriba descritos. Advertido el movimiento por los sitiados, cuando vieron mas cerca á sus antagonistas, prenden fuego á la leña que contenian las carretas, aguijonean á los novillos uncidos á ellas y el campo se ilumina de improviso. Salen los emboscados ansiosos de matanza y se precipitan sobre los cartagineses; los que estaban encerrados en la ciudad, atacan por el ala izquierda á los sitiadores, los cuales, confundidos y atemorizados con las llamas y la cuchilla vengadora de sus adversarios quieren huir, pero Orisson, con su atrevida y valerosa gente, lejos de sostener y apoyar esta retirada presurosa, obra conforme á su plan antes meditado y grita á los suyos:

—¡Este, hijos míos, es el momento de escarmentar para siempre la osadía de los cartagineses!

Y persiguiendo á los fugitivos que gritaban: *traicion*, logra introducir el mas funesto desorden y derrotar completamente á los cartagineses.

Amilcar comprende el lazo que le han tendido, pero cuando ya no tiene remedio, y fia tambien su salvacion á la fuga; pero encarnizadamente perseguido por las tropas de Orisson, cayó del caballo al atravesar el Guadiana y feneció en las aguas de este rio.

Los restos del ejército cartaginés se refugiaron en Acra-Leuka. Así pereció Amilcar, despues de haber empleado cerca de nueve años en la conquista de España.

## CEREMONIAL

DE LA JURA DEL REY DON FERNANDO VII.

(Continuacion).

Leida la escritura, se retiraron á su puesto el decano del Consejo y cámara, secretario de la cámara y escribanos mayores de las Cortes; y el mismo maestro de ceremonias, dijo al rey de Armas que pertenecia al señor infante don Antonio Pascual, hacer el juramento y pleito homenaje al serenísimo y esclarecido príncipe don Fernando Calixto: S. A. se levantó de su silla y despues de hacer reverencia al altar y á SS. MM. se puso de rodillas en un almohadon de terciopelo carmesí con greca de oro y borlones de lo mismo, puestas las manos sobre el misal y un crucifijo que estaba delante del cardenal arzobispo de Toledo, quien le dijo: ¿V. A. como infante de Castilla, jura de guardar y cumplir todo lo contenido en la escritura de juramento que aqui ha sido leida? Respondió S. A., si juro: y el señor cardenal repitió: así Dios le ayude y los Santos Evangelios; y respondió S. A., amen, levantándose al punto y haciendo una reverencia al altar, y á SS. MM. é hincándose de rodillas ante el rey, teniendo sus manos entre las de S. M., le preguntó, ¿Vos haceis pleito homenaje una, dos y tres veces, y prometeis dar vuestra fé y palabra, que cumplireis todo lo que contiene esta escritura de juramento que aqui se ha leido? respondió S. A., así lo prometo: despues besó la mano de S. M. que puesto en pie le abrazó, pasando luego S. A. á besar la mano á la reina y al príncipe y volvió á tomar su lugar, permaneciendo en pie todos los del circo, mientras se ejecutó este acto.

Fenecido dijo en alta voz el rey de Armas: don José de Silva y Bazán, marqués de Santa Cruz, pasad á tomar y recibir el pleito homenaje que deben hacer al Sermo. y esclarecido príncipe don Fernando los prelados, grandes, títulos y ciudades del reino que se hallan presentes.

El marqués de Santa Cruz, salió

de su puesto, y habiendo hecho las reverencias acostumbradas, tomó el lugar junto al altar inmediato á la silla del señor cadenal arzobispo de Toledo, manteniéndose en pie y descubierta, y volvió á decir el rey de Armas en alta voz: llegad cardenal patriarca á hacer el juramento y pleito homenaje: pasando el maestro de ceremonias donde estaba el cardenal, le fué acompañando hasta el altar, entonces los ayudas de oratorio, pusieron distintó misal y crucifijo y puesto de rodillas con las manos en el crucifijo y misal, le recibió el juramento el cardenal arzobispo de Toledo en esta forma: ¿que jurais de guardar y cumplir lo contenido en la escritura de juramento que aquí se os ha leído? respondió, si juro: continuó el cardenal arzobispo: así Dios os ayude y estos Santos Evangelios, respondiendo, amén.

Acabado el juramento pasó á donde estaba el marqués de Santa Cruz, y en pie puestas sus manos en las de este, hizo el pleito homenaje, diciéndole el marqués de Santa Cruz las palabras siguientes: ¿que haceis pleito homenaje una dos y tres veces; una dos y tres veces; y prometeis dar vuestra fé y palabra de cumplir y guardar lo contenido en la escritura que aquí se os ha leído? respondiéndole, así lo prometo.

Después pasó á besar la mano á SS. MM. y al príncipe y hechas las reverencias acostumbradas volvió á su lugar; y el rey de Armas dijo en alta voz: prelados de la Iglesia, subid á hacer el juramento y pleito homenaje al serenísimo príncipe de Asturias.

Inmediatamente subió el escelsísimo señor don Agustín Rubín de Ceballos, gran cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III, obispo de Jaén é inquisidor general, acompañado del mismo maestro de ceremonias, y después de las reverencias acostumbradas al altar, á sus magestades y altezas, hizo el juramento y pleito homenaje con la propia formalidad y solemnidad que el cardenal patriarca y luego que volvió á su puesto ejecutaron lo mismo y en la propia forma, subiendo uno á uno cada uno de los prelados á quienes se escribió de orden de S. M. para que concurriesen á practicarlo, y fueron los siguientes:

El Excmo. señor don Juan Manuel de Moscoso y Peralta, antiguo obispo de Guzco, caballero prelado gran cruz de la distinguida real orden de Carlos III y arzobispo de Granada.

El Ilmo. don Bartolomé María Heras, capellan de honor de S. M. y arzobispo de Lima.

El Ilmo. señor don Fray Domingo de Benaocaz, religioso capuchino, obispo de Ceuta.

El Ilmo. señor don Juan Álvarez de Castro, obispo de Coria.

El Ilmo. señor don Pedro de Quedo y Quintana, obispo de Orense.

El Ilmo. señor don Felipe Peleaz Caunedo, obispo de Lugo.

El Ilmo. señor don Fray Antonio José Salinas y Moreno, de la regular

observancia de San Francisco, obispo de Tortosa.

El Ilmo. señor don Fray Benito Uria y Valdés, maestro de la sagrada religion de San Benito, obispo de ciudad Rodrigo.

El Ilmo. señor don Francisco Mateo Anquiriano y Gomez, obispo de Tagarte *in partibus*, auxiliar de Madrid y últimamente de Calahorra y la Calzada.

El Ilmo. señor don Lorenzo Gomez de Haedo, obispo de Segorbe.

El Ilmo. señor don Rafael Tomás Menéndez de Lúcar, obispo de Santandez.

El Ilmo. señor don Gerónimo Maria de Torres, obispo de Lérida.

El Ilmo. señor don Francisco de Veyan y Mola; obispo de Vich.

El Ilmo. señor don Agustín de Abbad y la Sierra, obispo de Barbastro.

El Ilmo. señor don Atanasio Puyal y Poveda, obispo de Caristo *in partibus* y auxiliar de Madrid.

Concluido el juramento y pleito homenaje de los prelados, volvió el rey de Armas, y llamó á los grandes, diciendo: subid grandes á hacer el juramento y pleito homenaje al serenísimo príncipe de Asturias, y luego fueron subiendo de dos en dos como se habian sentado, é hicieron el juramento y pleito homenaje, bajo de las propias ceremonias y formalidades que los antecedentes, ejecutándose por todos los que asistieron y se les pasó aviso para ello y fueron los siguientes

## EXCMOS. SEÑORES.

Marqués de Monte Alegre, conde de Oñate; marqués de Villena y Estepa; marqués de Valdecarzana; conde de Montijo, conde de Atarés; duque de Almodovar y de Góngora; marqués de San Vicente; duque de Híjar, marqués de Orani; conde de Aranda; conde duque de Aliaga; duque de Osuna, marqués de Lombay; marqués de Oyra; marqués de Valamazan; marqués de Villadarias, conde Moriana; marqués de Dos-Aguas; marqués de Ariza, conde de la Almuña; marqués de Valmediado; duque del Arco; duque de Castro-pignano; duque de Alburquerque; marqués de Cogolludo, duque de Santisteban; duque de Arion; duque de Uceda; príncipe de Monforte; marqués de Villahermosa; duque de Granada de Ega; duque de Montellano; conde de Miranda Jaque de Peñaranda, marqués de la Bañeza; marqués de Alcañices y de los Balbases; conde de Sástago; conde de la Roca; príncipe de Santa Cruz; conde de Motezuma; marqués de Castro Monte; conde del Castrillo y Orgaz; conde de la Puebla del Maestre; marqués de Castelar; duque de San Carlos; conde de Bornos; conde de Murillo; duque de Grillon; vizconde de Gand; marqués de Cerralvo y de Almarza; conde de Glines; duque de Villahermosa; conde de Guara, don Manuel Pacheco como marqués viudo de Villena; marqués del Bado, como conde viudo de la Puebla del Maestre.

(Se continuará.)

## LA RENUNCIA POR LA BODA.

## III.

Eran las doce de la noche, y doña Elvira se hallaba en su estancia sola con sus pensamientos. Reclinada mas bien que acostada en su mullido lecho, dabatortura á su imaginacion, queriendo guardar los preceptos de su padre, pero el inobediente corazón demasiado independiente seguia sus naturales impulsos y presentaba á Elvira la imágen de don Juan bajo la forma mas halagüeña y encantadora del mundo.

Levantóse de la cama, abrió la ventana de su aposento que daba vistas á un delicioso jardín arabesco. Su corazón estaba oprimido y necesitaba mas ambiente para poder respirar. Pero el aroma de las flores de aquel vergel; la seductora armonía del agua de la fuente, cuyo sonido dejaba percibir el silencio de la noche, el idioma salvaje de los árboles que mecía el viento de la primavera, el pálido resplandor de la luna que bañaba el jardín, todo este conjunto de bellezas naturales, lejos de evaporar su vision, se presentaba á sus ojos con dobles atractivos; un alma enamorada halla poesía y seducción en todo cuanto le rodea.

—¿Qué es lo que me pasa, Dios mio? se preguntaba Elvira suspirando.

Volvió á reclinarse, y desde el lecho fijaba su vista en el azulado cielo, queriendo borrar con la vision de aquel risueño paraíso, el que antes le habia pintado el amor. Quiso dormir y no pudo. De pronto oyóse preludiar un laud, y la jóven se incorporó y puso el oído atento. Después de algunos preludios una voz sonora, simpática y armoniosa, entonó una trova amorosa, cuyos versos tenían relacion con sus nuevos amores, y el nombre de Elvira iba mezclado con el sentimiento de aquella cántiga.

Bajóse precipitada del lecho, y se asomó á la ventana para oír mejor al cantor, y exclamó llorando de placer.

—¡Es don Juan! ¡Tambien sabe ¡trovar!... ¡Dios mio, Dios mio, yo le amo!

La canción del enamorado mancebo decia así:

Yo soy un infante,  
mi padre fué rey;  
desgracias me acosan...  
¿para qué hacer,  
si vivo en prisiones  
sin lo merecer?

De cuitas de amores  
te fabla el doncel;  
¡ay! duélate Elvira  
mi pena cruel,  
que vivo en prisiones,  
sin lo merecer.

Al terminar la cancion don Juan oyó lanzar un suspiro de muger. La ventana de Elvira se cerró; el enamorado galan cerró tambien la suya.... Ni Elvira ni don Juan durmieron aquella noche.

## IV.

Vino el siguiente dia.

Doña Magdalena y don Beltran habian oido tambien al cantor. Elvira empezó á manifestar los signos de su inesperado amor; don Beltran lo conoció; queria mucho á su hija, temia que enfermara, y despues de haberle preguntado, si efectivamente amaba al príncipe, luego que oyó su respuesta afirmativa, se alejó de ella y se puso á escribir.

Pocos momentos despues llamaron á la puerta; don Beltran la abrió, y el príncipe don Juan se presentó á sus ojos con aspecto decidido y resuelto.

—Escuchadme, don Beltran.

—Hablad, don Juan.

—Yo amo á vuestra hija y os la pido en matrimonio.

—¿Sabeis por ventura, si mi hija os ama?

—Abrigo la lisongera esperanza de ser correspondido.

—Se lo preguntaremos si os parece.

—Llamadla.

Don Beltran dió una voz y presentó un page.

—Llamad á doña Elvira.

Esta se presentó turbada; don Beltran la cogió de la mano y la dijo con ternura.

—El infante don Juan acaba de pedirme tu mano de esposa. Amas al hijo del rey don Pedro de Castilla y de doña Juana de Castro?

Elvira, miró á su padre, leyó en los ojos de don Juan su ansiedad, y exclamó decidida:

—Amo á don Juan.

Don Beltran cogió un manuscrito de encima de la mesa, y mandó á los jóvenes que le siguieran. Con efecto llegaron á otro aposento donde habia una ventana que daba al jardín; el alcaide desenrolló un pergamino, y antes de leer su contenido dijo al infante.

—Para obtener la mano de mi hija Elvira, teneis que firmar este documento.

—Leed, dijo con impaciencia el príncipe.

—Don Beltran leyó.

—«Yo el infante don Juan, hijo de don Pedro I de Castilla, hago solemne renuncia al trono, y juro por Dios y por su Madre Santa María no solicitar ni hacer valer mis derechos.»

Don Juan cogió inmediatamente la pluma y firmó.

Seguidamente se echó á los pies de Elvira, cogiéndola ambas manos y don Beltran dijo abrazándolos.

—Os doy mi bendicion, y apruebo este enlace, que honra mi casa y asegura la tranquilidad de Castilla. Hoy mismo pondré este documento en manos de mi rey, y por ello me colmará de bendiciones. Ahora pasemos al

apuesto de doña Magdalena, para darle nuevas de este feliz acontecimiento.

Don Juan cumplió su palabra, y vivió y murió en Soria contento y resignado con su suerte, sin que jamás molestara á su primo. Añade la crónica que adoró mucho á su muger doña Elvira. Don Beltran de Eril dió una boda por una renuncia.

I. A. BERMEJO.

## EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion).

—Ya os he dicho, señora, lo que debia deciros; he desempeñado lealmente mi mision, á pesar de la repugnancia que me costaba. Ahora yo no puedo responder del porvenir; la pasion de otro es un secreto como el de su venganza. Adios lady Southwel; no es culpa mia si el que os amaba ayer llega á aborreceros mañana. Pensadlo bien: no os quedan sino muy pocos momentos para hacer de ese hombre ó vuestro esposo ó vuestro enemigo.

—Ya sabeis mi resolucion, doctor, replicó lady Southwel despidiéndole; es inalterable. ¡Adios!

Diciendo así, se retiró á su gabinete, donde se encerró durante algunos minutos con Harry, á quien dirigió las siguientes preguntas:

—¿Con que dices que no se puede penetrar en su prision, á no ser por medio del doctor Bernard? Ese hombre me desagrada; pero no tenemos otro de quien echar mano... ¿Crees que entregará de mi parte á ese desgraciado este débil socorro? Yo no tengo mas que mis alhajas... Toma, toma este brazalete, que recobré por su mano. Lo guardará ó lo venderá: poco importa, pues estoy segura de que si le enviara dinero no lo aceptaria, porque es demasiado orgulloso. Ademas, en este obsequio mio verá una prueba de que lo considero inocente. Lleva esta esquela al doctor, entrégasela con este paquete, y vuelve pronto; ¿lo oyes?

Asustada con la llegada imprevista de aquel hombre, en favor del cual habia creído el doctor deber hablarla, se vistió aceleradamente, y en seguida se dirigió á la playa... Rodolfo de Nanteuil, á quien encontró en el camino, se retiraba en aquel momento á su casa, y llevándolo al pie de las rocas sobre las cuales se hallaba el Castillo Fuerte como un nido de águila, le habló en estos terminos:

—Esta mañana me bicisteis una proposicion á la cual creí en un principio no poder responder; ahora, Rodolfo, vengo á deciros que estoy dispuesta á concederos mi mano. No

pongo mas que una condicion: la de mi partida inmediata. Sí, huyamos de aqui. Esta noche á las doce debe salir para Lóndres un barco de vapor; avisad á sir Roberto; en este sitio aguardo.

Sorprendido con tanta dicha, Rodolfo de Nanteuil creia estar soñando, y se puso á mirar á lady Southwel con aire de asombro.

—¿Qué esperais? le dijo ella. Ya os he dado mi palabra; contad con ella, como cuento con vuestro apoyo...

Lady Southwel quedó sola, abismada en la contemplacion de aquellas olas que habian arrojado el dia anterior á la playa el cuerpo inanimado del comodoro, sin que ella pudiera en su conciencia atribuir aquel asesinato al hombre á quien la justicia habia ya castigado. Al volverse distinguió las altas torrecillas del Castillo Fuerte, por cuyas troneras penetraban algunos rayos débiles de luz, pues era ya de noche. Aquella prision, que, como es sabido, tuvo el honor de encerrar por algun tiempo á Mad. de Longueville, reflejaba entonces sobre la roca en que estaba edificada la sombra espesa de su linea. Una luna pálida, velada por pardas nubes, alumbraba de vez en cuando las casas de ladrillo que bordaban la playa. El aire era penetrante; lady Southwel, envuelta en una capa de viage, habia permanecido en el mismo sitio fria é inmóvil. Ningun ruido, ningun sonido, si no es el de las olas, interrumpia el silencio monótono de aquella soledad, y sin embargo, hubiérase dicho que la infeliz viuda temia ver levantarse á cada instante de entre las quiebras de aquellos peñascos, una sombra, un genio maléfico. Las palabras del doctor Bernard al separarse de ella se representaron bien pronto á su imaginacion como otras tantas amenazas, y dirigió la vista en torno suyo llena de espanto, el cual creció de punto al oír resonar sobre la arena cierto ruido de pasos. Al ver aproximarse un hombre, lanzó involuntariamente un grito...

Al conocer á Harry, se disipó su terror; mucho mas cuando aquel le dijo que el médico de los baños se habia encargado de su comision y que su voluntad quedaria satisfecha.

—¿Estaba solo el doctor cuando le entregaste ese paquete? preguntó lady Southwel con voz trémula.

—Se hallaba solo en su casa, ocupado en un trabajo importante. Monsieur Bernard me ha suplicado que os diga que mañana al medio dia pasará á vuestra casa.

—No me encontrará, replicó lady Southwel con aire de triunfo. Disparte á partir conmigo esta noche á bordo del *San James*.

(Se continuará.)

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO.

calle de Santa Teresa, núm. 8.